

guna esperanza de salvacion (1), segun se ha dicho (a. 2); y ninguna queda en los males irremediables: luego tales males no son temidos de modo alguno.

2.º Ningun remedio puede aplicarse al mal de la muerte, porque naturalmente no es posible volver de la muerte á la vida; y sin embargo la muerte no es muy temida, como dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5). Luego no se temen más las cosas, que no tienen remedio.

3.º Dice el Filósofo (Ethic. l. 1, c. 6) que «no es más bueno lo más duradero» que lo que es de un solo día; ni lo perpetuo que lo que no lo es» (2). Luego por igual razon tampoco más malo. Pero las cosas, que no tienen remedio, no parecen diferenciarse de las otras sino en su duracion ó perpetuidad. Luego no son por esto peores ó más temibles.

Por el contrario, dice Aristóteles (Rhet. l. 2, c. 5): «todo lo temible es más terrible, si se trata de cualesquiera pecados, que, una vez cometidos, no suelen corregirse; ó (de males) que ó no tienen socorro, ó no le tienen fácil».

**Conclusion.** *Los males, que realizados no admiten remedio alguno ó no lo tienen fácil, se hacen por eso mismo mucho más temibles.*

**Responderémos,** que el objeto del temor es el mal; y por consiguiente lo que contribuye al aumento del mal, contribuye al aumento del temor. Pero el mal se aumenta, no solo segun la especie del mal mismo, sino tambien segun las cir-

cunstancias, como consta por lo ya dicho (C. 18, a. 3): y entre las demas circunstancias parece que contribuye más á aumentar el mal la duracion ó tambien la perpetuidad; porque las cosas, que existen en el tiempo, se miden en cierto modo por la duracion del tiempo. De aquí se infiere que, si el padecer algo en tanto tiempo es malo, el sufrir lo mismo en doble tiempo se aprende como duplicado mal; y segun esta razon el sufrir lo mismo en un tiempo infinito, lo cual es sufrir perpétuamente, recibe en cierto modo un aumento infinito. Mas los males, que, despues que ya han llegado, no pueden tener remedio, ó á lo ménos no fácil, se toman como perpétuos ó de larga duracion; y por lo tanto se hacen muy temibles.

Al argumento 1.º dirémos que el remedio del mal es de dos maneras: uno, por el cual se impide el mal futuro, para que no llegue; y, quitado tal remedio, se quita la esperanza y por consiguiente el temor; por lo que de tal remedio no hablamos ahora: otro, por el que se aleja el mal ya presente, que es del que aquí hablamos.

Al 2.º que, aunque la muerte es un mal irremediable; sin embargo no se teme, porque no amenaza de cerca, como se ha dicho (a. 2).

Al 3.º que Aristóteles habla allí del bien *per se*, que es bueno segun su especie: y de este modo no se hace algo más bueno por su duracion ó perpetuidad, sino por la naturaleza del mismo bien.

bueno á todas luces, que el instantáneamente transitorio; por más que no pueda decirse lo mismo de lo blanco. Bien es cierto que el Doctor Angélico le justifica en la solucion á este arg. 3.º, interpretando se refiere al bien *per se* ó esencialmente bueno, á cuyo concepto efectivamente es accidental la duracion, aunque de hecho y en la realidad es tan eterno como bueno.

(1) De poder sustraerse al mal ó preservarse de él.

(2) «No es más blanco lo que siempre ó por largo tiempo es blanco, que lo que es blanco un solo día», dice testualmente; aunque con el visible propósito de aplicar el pensamiento así espresado al bien ó á lo bueno: argumento de analogía, que por cierto no es de los que más honor hacen á la buena lógica de Aristóteles, y que más bien conduciría á tildarle de sofista; porque, como es obvio, el bien duradero es por lo mismo más

## CUESTION XLIII.

### Causa del temor.

Sobre este particular hay que investigar dos cosas: 1.º El amor es causa del temor? — 2.º Lo es el defecto?

#### ARTÍCULO I. — Es el amor la causa del temor?

1.º Parece que el amor no es causa del temor: porque lo que introduce algo, es causa de ello; y «el temor introduce el amor de la caridad», como dice San Agustin sobre la 1.ª Epístola canónica de S. Juan (1) (tract. 9). Luego el temor es causa del amor, y no al contrario.

2.º Dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5) que «tememos más á aquellos, de quienes esperamos que nos amenazan algunos males». Pero el esperar de alguien un mal, más nos provoca al odio que al amor del mismo. Luego el temor es producido más bien por el odio que por el amor.

3.º Ya se ha dicho (C. 42, a. 3) que las cosas, que dependen de nosotros mismos, nada tienen de terribles; y lo que proviene del amor, proviene sobre todo de lo íntimo del corazón. Luego el temor no es causado por el amor.

Por el contrario, dice San Agustin (Qq. l. 83, c. 33): «Nadie duda que no es otra la causa de temer, sino el no poder despues de conseguido, ó el no alcanzar despues de esperado aquello, que amamos». Luego todo temor es producido, porque amamos algo. En su consecuencia el amor es causa del temor.

**Conclusion.** *El amor es causa del temor, como predisposicion material.*

**Responderémos,** que los objetos de las

(1) Donde compara el temor á la cerda (ó aguja), á que se adhiere la hebra de hilo para penetrar en la costura; y, mientras no sale la aguja, no queda hecha la puntada (de la caridad); y luego pone otro ejemplo, tomado del escalpelo qui-

pasiones del alma se hán con respecto á ellas, como las formas á las cosas naturales ó artificiales; puesto que las pasiones del alma reciben la especie de los objetos, como las cosas predichas de sus formas. Luego, así como todo lo que es causa de la forma, es causa de la cosa constituida por la misma; así tambien todo lo que es y de cualquier modo que sea objeto, es tambien causa la pasion. Sucede empero que una cosa es causa del objeto, ó á manera de causa eficiente, ó por modo de disposicion material; á la manera que el objeto de la delectacion es el bien aprendido, conveniente, unido, cuya causa eficiente es lo que hace la conjuncion, ó lo que hace la conveniencia ó bondad, ó la apariencia de tal bien: pero la causa á modo de disposicion material es el hábito ó cualquiera disposicion, segun la que se hace conveniente ó lo parece á alguno aquel bien, que le está unido. Así pues en nuestro caso el objeto del temor es lo que se cree un mal futuro, cercano, al que no puede resistirse con facilidad: y por lo tanto aquello, que puede inferir tal mal, es la causa eficiente del objeto del temor, y por consiguiente del temor mismo; y lo que contribuye á disponer al individuo, de manera que el objeto sea tal á su parecer, es la causa del temor y de su objeto, como *disposicion material*, y así *el amor es causa del temor*; porque de que uno ama algun bien, se sigue que mire como malo lo que es

rúrgico, que se introduce en las carnes, para sacar de ellas la podredumbre ó la gangrena, dejándolas sanas ó limpias de todo virus.

causa de la privacion de este bien, y que por consiguiente lo tema como un mal.

Al argumento 1.º dirémos que, como ya hemos dicho (C. 42, a. 1), el temor se refiere directamente y por sí al mal que rehuye, el cual se opone á algun bien amado; y así el temor nace directamente (*per se*) del amor: pero secundariamente mira á aquello, por lo cual proviene tal mal, y bajo este punto de vista produce accidentalmente el amor; esto es, en el sentido de que el hombre, que teme ser castigado por Dios, guarda sus preceptos; y de esta manera comienza á esperar, y la esperanza infunde en él el amor, como se ha dicho (C. 40, a. 7).

Al 2.º que aquel, de quien esperamos males, primeramente en verdad es odiado; pero, despues que se comienzan á esperar del mismo bienes, empiézase á amarle: sin embargo el bien, al que es contrario el mal que se teme, era amado desde un principio.

Al 3.º que aquel razonamiento procede de lo que es causa como eficiente del mal terrible; pero el amor es su causa como disposicion material, segun queda dicho.

#### ARTÍCULO II. — Es el defecto causa del temor? (1)

1.º Parece no ser causa de temor el defecto: porque los que tienen poder, son los más temidos; y el defecto es contrario á la potencia: luego el defecto no es causa del temor.

2.º Los que en el momento son decapitados, son los que más defecto tienen. Pero los tales no temen, como se dice (Rhet. l. 2, c. 5). Luego el defecto no es causa del temor.

3.º Combatir proviene de la fortaleza, no del defecto; y los que peléan temen á sus contrincantes, como se dice (Rhet. l. 2, ibid.). Luego el defecto no es causa del temor.

Por el contrario: las causas de los contrarios lo son entre sí. Pero las riquezas, la fuerza y la multitud de amigos y la

(1) Falta de firmeza para resistir al mal inminente, ó de preservativos que oponerle, para rechazarlo y eximirse de él.  
(2) Como el estupor ó cierta insensibilidad, que escede á todo otro defecto, privando de la accion y de todo ejercicio de los sentidos.

potestad escluyen el temor, como se dice (Rhet. l. 2, ibid.). Luego el temor es producido por el defecto de tales cosas.

**Conclusion.** *El defecto es de suyo causa de temor [1] á modo de material disposicion; y [2] no puede serlo per se como causa eficiente, aunque sí per accidens algun defecto.*

Responderémos que, como se ha dicho (a. 1.), la causa del temor puede considerarse de dos maneras: 1.ª como disposicion material por parte del que teme; 2.ª á modo de causa eficiente por parte del que es temido. *Segun lo primero el defecto, absolutamente hablando, es causa del temor; por que acontece por algun defecto de virtud que no pueda uno repeler con facilidad el mal inminente: mas, para causar el temor, se requiere el defecto con alguna medida; porque menor es el defecto, que causa temor de un mal futuro, que el defecto anejo al mal presente, del que proviene la tristeza; y aún sería mayor el defecto (2), si se destruyese completamente el sentimiento del mal ó el amor del bien, cuyo contrario se teme. Del segundo modo la virtud y la fuerza son causa del temor, absolutamente hablando; porque, por lo mismo que algo, que se aprende como nocivo, es virtuoso (3), sucede que su efecto no puede repelerse. Acontece empero per accidens que un defecto causa por esta parte temor, en cuanto de él proviene el que uno quiera hacer daño; por ejemplo, á causa de una injusticia, ó porque ha sido ántes ofendido ó teme serlo.*

Al argumento 1.º dirémos, que aquel razonamiento procede de la causa del temor por parte de la causa eficiente (4).

Al 2.º que los que son ya decapitados, están sufriendo el mal presente; y por lo tanto aquel defecto escede la medida del temor.

Al 3.º que los combatientes temen, no por su propia potencia de combatir, sino por causa del defecto de ella, por lo que no confían en que han de vencer.

(3) Enérgico y eficaz, hasta el punto de mirarse como ir-resistible.

(4) Es decir, que algunos son muy temibles y temidos, por cuanto pueden causar daño más ó ménos considerable y con cierta impunidad.

## CUESTION XLIV.

### Efectos del temor.

Desarrollarémos este asunto en cuatro artículos: 1.º El temor produce contraccion? — 2.º Induce á tomar consejo? — 3.º Produce el temblor? — 4.º Impide la operacion?

#### ARTÍCULO I. — El temor produce contraccion?

1.º Parece que el temor no produce contraccion: porque, efectuada esta, el calor y los espíritus se reconcentran en lo interior; y mucho calor de los espíritus en las entrañas agranda el corazon (1), para acometer con audacia alguna cosa, como se ve en los iracundos; sucediendo lo contrario en el temor. Luego el temor no produce contraccion.

2.º Multiplicados los espíritus y el calor en las entrañas por medio de la contraccion, síguese que el hombre prorumpa en gritos, como se ve en los dolientes; mas los que temen, no gritan, ántes bien se hacen silenciosos. Luego el temor no causa contraccion.

3.º La vergüenza es una especie de temor, como se ha dicho (C. 41, a. 4); y « los avergonzados se ponen rojos », como dice Ciceron (De Tuscul. quæst. l. 4), y Aristóteles (Ethic. l. 4): « el rubor del rostro no atestigua contraccion, sino lo contrario ». Luego la contraccion no es efecto del temor.

Por el contrario, dice el Damasceno (Orth. fid. l. 3, c. 23) que « el temor es una virtud por sístole », esto es, por contraccion.

**Conclusion.** *El temor importa cierta contraccion en cuanto al apetito animal y á la consiguiente transmutacion corpórea.*

(1) No solo dilatándolo materialmente, sino tambien comunicando al sujeto cierta magnanimidad ó intrepidez: lo engrandece en el doble concepto fisiológico y psicológico.

Responderémos que, como se ha dicho (C. 28, a. 5), en las pasiones del alma el movimiento mismo de la potencia apetitiva es como lo formal, y como lo material la transmutacion corporal, median-do entre aquel y esta cierta proporcion; de donde se sigue la transmutacion corporal por la semejanza y naturaleza del movimiento apetitivo. Ahora bien: en cuanto al movimiento animal del apetito el temor implica cierta contraccion; y la razon de esto es que el temor proviene de la fantasía de algun mal inminente, que con dificultad puede repelerse, segun se ha dicho (C. 41, a. 2). Pero el que algo pueda difícilmente repelerse proviene de la debilidad de la potencia, como queda dicho (C. 43, a. 2); y la potencia, cuanto más débil es, á tanto menor número de cosas puede estenderse. Por consiguiente de la misma imaginacion, que causa el temor, se sigue cierta contraccion en el apetito (2): así vemos en los moribundos que la naturaleza se retráe á las interioridades á causa de la debilidad de sus fuerzas; y tambien vemos en las ciudades que, cuando los ciudadanos temen, se retráen del exterior y recurren, cuanto pueden, á las interioridades. Así pues por analogía de esta contraccion, que pertenece al apetito animal, se sigue tambien en el temor por parte del cuerpo la contraccion del calor y de los espíritus al interior.

Al argumento 1.º dirémos que, como

(2) Esto es, en la potencia apetitiva, que por lo mismo languidece ó se debilita en su aspiracion á aquello, á que naturalmente se inclina.

dice el Filósofo (De problematibus, sect. 27, probl. 3), «aunque en los que temen los espíritus se retráen de fuera adentro, sin embargo no es lo mismo el movimiento de los espíritus en los iracundos y en los que temen: porque en los iracundos á causa del calor y la sutilidad de los espíritus, que provienen del deséo de la venganza, se produce interiormente el movimiento de los espíritus de lo inferior á lo superior, y por lo tanto se congregan los espíritus y el calor alrededor del corazon; de lo cual se sigue que los iracundos se hacen prontos y audaces para invadir: pero en los que temen, á consecuencia del enfriamiento que enerva los espíritus, van al contrario de lo superior á lo inferior; cuya frialdad proviene de la imaginacion del defecto de potencia, y por lo tanto no se multiplican el calor y el espíritu en rededor del corazon, sino que más bien se alejan de él. Por esto los que temen, en lugar de estar dispuestos á atacar, lo están más bien á huir.

Al 2.º que es natural á cualquier doliente, sea hombre ó animal, emplear todos los medios posibles, para repeler lo nocivo presente, que es la causa de su dolor: por lo cual vemos que los animales dolientes hieren ó con la boca ó con los cuernos. Pero para todo en los animales el mayor recurso es el calor y el espíritu; y por eso en el dolor la naturaleza conserva el calor y el espíritu interiormente, para servirse de ellos contra lo nocivo, por lo que dice Aristóteles (De problematibus, sect. 27, probl. 9) que, multiplicados interiormente los espíritus y el calor, hácese necesario emitirlos por medio de la voz; y por lo mismo los dolientes apénas pueden contener sus gritos. Pero en los que temen se propaga el movimiento del calor interior y de los espíritus del corazon á las (*partes*) inferiores, como se ha dicho (al 1.º): y por lo tanto el temor se opone á la formacion de la voz, la cual se produce por la emision de los espíritus hácia las (*partes*) superiores por la boca, por lo que el temor hace silenciosos; y de ahí es tambien «que los hace temblar», como dice

(1) *Consiliativos*, ávidos ó solícitos de pedir consejo, induciéndolos á aconsejarse de otros acerca de los medios de pre-

Aristóteles (De problematibus, *ibid.* probl. 1).

Al 3.º que los peligros de muerte no solamente son contrarios al apetito animal, sino tambien á la naturaleza; y por esto en tal temor no solo se produce la contraccion por parte del apetito, sí tambien por parte de la naturaleza corporal: porque la idéa de la muerte, concentrando el calor á las interioridades, produce en el animal esa disposicion, como cuando su muerte es naturalmente inminente; y de ahí resulta que «los que temen la muerte, palidecen», como se dice (Ethic. l. 6, c. 9). Pero el mal, que teme la vergüenza, no se opone á la naturaleza, sino solamente al apetito animal; y por lo tanto se produce cierta contraccion en cuanto al apetito animal, pero no en la naturaleza corporal: miéntras que el alma, reconcentrada (por decirlo así) en sí misma, se entrega más al movimiento de los espíritus y del calor; de donde resulta la difusion de estos al exterior, y por esto los avergonzados se enrojecen.

#### ARTÍCULO II. — ¿El temor hace (á los hombres) consultadores? (1).

1.º Parece que el temor no hace consultadores: porque esto no es propio de lo mismo que impide el consejo; como lo impide el temor, puesto que toda pasion perturba la quietud, que se requiere para el buen uso de la razon. Luego el temor no induce á consultar.

2.º Consejo es el acto de la razon, que medita y delibera sobre las cosas futuras. Pero algun temor «disipa las reflexiones y lanza al espíritu fuera de su esfera», como lo dice Ciceron (De Tusculanis quaestionibus, l. 4). Luego el temor no escita á tomar consejo, sino que más bien lo impide.

3.º Asi como se recurre al consejo, para evitar males; tambien se aplica, para conseguir bienes. Pero, como el temor tiene por objeto el evitar los males, así la esperanza el conseguir los bienes. Luego el temor no es más causa de pedir consejo que la esperanza.

servarse del mal temido. No hallamos palabra más propia y expresiva en nuestro idioma que la de *consultadores*.

Por el contrario, dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5) que «el temor hace consultadores».

**Conclusion.** *El temor [1] hace á los hombres solícitos de pedir ó tomar consejo; pero [2] ni el temor ni otra pasion alguna los constituye idóneos para darlo ó aconsejar á sí mismos ó á otros (1).*

Responderémos, que puede decirse consiliativo en dos acepciones: 1.ª por parte de la voluntad ó solícitud de aconsejarse; y así el temor hace consultadores, porque, como dice Aristóteles (Ethic. l. 3, c. 3), «consultamos sobre lo grande, en lo que parece desconfiamos de nosotros mismos». Pero las cosas, que infunden temor, no son absolutamente malas; sino que tienen cierta importancia, ya porque las consideramos difíciles de repeler, ya porque las miramos como estando muy cerca, segun lo ya dicho (C. 42, a. 2). Por esta razon los hombres pretenden principalmente ser aconsejados, cuando sienten temor. 2.ª Por parte de la facultad de aconsejar bien; y en este sentido ni el temor ni pasion alguna hace consejeros (ó consultores): porque al hombre afectado de una pasion le parece una cosa mayor ó menor que lo que es en realidad; á la manera que parecen mejores al amante las cosas que ama, y al temeroso más terribles las cosas que teme. De este modo por defecto de la rectitud del juicio cualquiera pasion, cuanto es de suyo, impide la facultad de aconsejar bien.

Con esto se evidencia la contestacion al argumento 1.º

Al 2.º dirémos que, cuanto más fuerte es una pasion, tanto más es impedido el hombre afectado por ella; y por esta razon, cuando el temor es fuerte, el hombre en verdad quiere ser aconsejado, pero de tal modo es perturbado en sus pensamientos, que no acierta á hallar consejo: pero, si es ligero el temor, que induce á solicitar el consejo y no turba mucho la razon; puede aún contribuir á la facultad de aconsejar bien por razon de la solícitud consiguiente.

Al 3.º que tambien la esperanza indu-

(1) Pudiera en nuestro concepto condensarse esta tesis en los siguientes términos, tan expresivos y gráficos como concisos: «el temor induce al consejo pasivo; mas al activo ninguna pasion habilita».

ce á consultar; porque, como dice el Filósofo (Rhet. l. 2, c. 5), «nadie toma consejo sobre aquellas cosas, de que desespera», como ni de las imposibles (Ethic. l. 3, c. 3). Sin embargo el temor induce más á buscar consejo que la esperanza: puesto que la esperanza tiene por objeto el bien, segun que podemos conseguirlo; miéntras que el del temor es el mal, segun que á duras penas puede repelerse: así que el temor mira más al concepto de dificultad que la esperanza; pero en las cosas difíciles, máxime en las que no confiamos en nosotros mismos, buscamos ser aconsejados, como se ha dicho.

#### ARTÍCULO III. — El temor produce temblor? (2)

1.º Parece que el temblor no es efecto del temor: porque el temblor proviene del frio, pues vemos que los que tienen frio tiemblan. Pero el temor no parece causar frio, sino más bien un calor desecante; y prueba de ello es que los que temen tienen sed, y principalmente en los más hondos temores, como se ve en los que son conducidos á la muerte. Luego el temor no causa temblor.

2.º La emision de las superfluidades proviene del calor; por lo cual generalmente las medicinas laxativas son calientes. Pero tales emisiones de las superfluidades frecuentemente provienen del temor. Luego el temor parece producir calor, y por lo tanto no causa temblor.

3.º En el temor el calor se reconcentra del exterior á las interioridades. Luego, si, por retirarse así el calor de las estremidades, el hombre tiembla; parece asimismo que en todos los miembros exteriores debería causarse el temblor por el temor. Pero esto no se ve. Luego el temblor del cuerpo no es efecto del temor.

Por el contrario, dice Ciceron (De Tuscul. quaest. l. 4) que «el temblor, la palidez y el estridor de los dientes son efecto del temor».

**Conclusion.** *El temblor acomete á los*

(2) Estremecimiento ó convulsion análoga á la que nos hace experimentar el frio intenso, cuando vulgarmente se dice que tiritamos.

que temen, como un efecto del temor mismo.

Responderémos que, como se ha dicho (a. 1), en el temor se produce cierta contraccion de las estremidades al interior, quedando por lo tanto frios los (miembros) exteriores, y sobreviniéndoles por esta causa el temblor, que es ocasionado por la debilidad de la potencia que contiene los miembros: y á tal debilidad contribuye más que nada el defecto del calor, que es un instrumento con que mueve el alma, como se dice (De anima, l. 2, t. 50).

Al argumento 1.º dirémos que, retraído el calor de fuera á dentro, se multiplica en lo interior, y sobre todo hácia las partes inferiores, esto es, hácia la nutritiva; y por lo tanto, consumida la humedad, es consiguiente la sed, y tambien á veces la soltura del vientre y la emision de la orina y á veces hasta del sémen; ó bien la tal emision de superfluidades acontece por la contraccion del vientre y de los testículos, como dice el Filósofo (De problem. sect. 27, probl. 2).

De esto se desprende la contestacion al 2.º

Al 3.º que, puesto que en el temor el calor abandona al corazon dirigiéndose de las partes superiores á las inferiores, por eso á los que temen tiémbrales principalmente el corazon y los miembros, que tienen alguna conexion con el pecho, donde está el corazon. Hé aquí porqué los que temen tienen temblorosa principalmente la voz á causa de la proximidad de la arteria (1) vocal al corazon; y tambien tiembla el labio inferior y toda la mandíbula inferior por su continuidad (2) con el corazon: de donde resulta

(1) Llama así á la denominada hoy por los fisiólogos *traquearteria*, tubo cartilaginosa, continuacion de la laringe, en la que se producen y modulan los sonidos, merced á las vibraciones de sus membranosos repliegues internos, llamados cuerdas vocales; y que, prolongándose inferiormente en más delgado calibre, bifúrcase en ambos bronquios subdivididos luego infinitesimalmente ya dentro de la masa pulmonar, dando acceso á él al aire estérno y salida al carbonizado por la hematosis (v. nota 2, pág. 930, T. 1.º); aproximándose en efecto muy de cerca al corazon las fibrillas capilares del izquierdo, diseminadas en el pulmon del propio lado, casi en contacto inmediato con aquel central depósito de la sangre.

(2) Directa, aunque remota, mediante el tubo conductor del aire y constitutivo de todo el aparato vocal, á cuyo borde estérno se hallan; y al que conducen la boca misma, la faringe y la epiglótis (válvula preservativa y de comunicacion) con la glótis, que da entrada ó acceso á la laringe; contribuyendo ademas á la vibracion del labio y mandíbula inferiores su

asímismo el estridor de los dientes; y por la misma razon tiemblan los brazos y las manos: ó tambien, porque estos miembros son más movibles, por lo cual hasta las piernas tiemblan en los que temen, segun aquello (Is. 35, 3): *Confortad las manos flojas, y robusteced las rodillas temblorosas* (3).

#### ARTÍCULO IV.—El temor impide la operacion?

1.º Parece que el temor impide la operacion: porque la operacion se impide sobre todo por la perturbacion de la razon, que dirige en la obra. Es así que el temor perturba la razon, como se ha dicho (a. 2, al 2.º). Luego el temor impide la operacion.

2.º Los que hacen algo con temor, faltan con más facilidad en la operacion: como si uno marcha por una viga colocada en alto, el temor le hace caer fácilmente; y no caería, si anduviera por la misma viga muy abajo, por falta del temor. Luego el temor impide la operacion.

3.º La pereza (4) ó abandono (5) es una especie de temor. Es así que la pereza impide la operacion. Luego tambien el temor.

Por el contrario, dice San Pablo (Philip. 2, 12): *obrad vuestra salud con temor y con temblor*; lo cual no diría, si el temor impidiese la buena operacion. Luego el temor no impide la buena operacion.

**Conclusion.** *El temor [1] impide la operacion por sí y naturalmente en cuanto al libre ejercicio de los órganos corporales; no empero [2] por parte del alma*

propia movilidad.

(3) *Tremetia*, dice el testo de la SUMA; pero en la Vulgata se lee *debilia* (débiles), y en los Setenta *dissoluta* (desligadas).

(4) Dice el citado Descuret que se llamaba en otro tiempo *paresia* una parálisis poco intensa, en la que habia privacion de movimiento y no de sentido. Se ha formado nuestro sustantivo *pereza* de la palabra griega, que significa *debilidad*, llamándola los latinos *pigricia*. Puede definirse la pereza, «una habitual inclinacion á permanecer en inaccion con complacencia en permanecer en ella». Segun Girard la *pereza* es un vicio ménos intenso que la *haragancia* ó *desidia*: la 1.ª parece efecto del temperamento, y la 2.ª del carácter del alma... El perezoso teme la pena y la fatiga del trabajo; es lento en sus operaciones y muy tardo en acabar su tarea. El haragan desea estar desocupado, odia la ocupacion y huye del trabajo. La dejadez, la indolencia y la haraganeria son tres especies del género *pereza*. — M. C. G.

(5) *Segnitias*. Véase la nota 3, pág. 279.

y siendo moderado, ántes contribuye á obrar mejor y más atenta y acertadamente; á no ser [3] tan desmedido, que perturbe la razon.

Responderémos, que la operacion esterior del hombre es causada en verdad por el alma como por primer motor, pero por los miembros corpóreos á modo de instrumentos. Sucede sin embargo que la operacion es impedida, ya por defecto del instrumento, ya por el del motor principal (1). Así pues, *por parte de los instrumentos corporales el temor, cuanto es de suyo, naturalmente tiende á impedir la operacion esterior, á causa del defecto de calor, que infunde el temor en los miembros esteriore: pero por parte del alma, si es un temor moderado, que no perturba mucho la razon, contribuye á obrar bien, por cuanto causa cierto cuidado y hace que el hombre se aconseje y*

(1) «Intrinseco» (se entiende) é inmediato; pues el primer motor estrínseco y en absoluto es siempre Dios, conforme á lo espuesto en la 1.ª P., C. 105, a. 2, 3, 4 y 5; y las notas 2, pág. 830; 4 y 5 de la 831; 3, pág. 832; y 1 de la 833, T. 1.º.

(2) La sola idea del riesgo de caer basta á veces á distraer la imaginacion y la atencion necesarias, para conservar la serenidad y el equilibrio, perturbándolas hasta el desvanecimiento y aun la paralización de los órganos locomotores, cuya direccion compete á la razon y secundariamente á la imaginacion: por eso los funámbulos procuran prescindir de la altura

obre más atentamente. No obstante, si el temor crece tanto que perturbe la razon, impide la operacion aun por parte del alma. Mas no es tal el temor, de que habla el Apóstol.

De esto se deduce la contestacion al argumento 1.º

Al 2.º dirémos que los que caen de una viga puesta en alto, sufren perturbaciones de la imaginacion, á causa del temor de la caída imaginada (2).

Al 3.º que todo el que teme, rehuye lo que teme; y por tanto, siendo la pereza un temor sobre la misma operacion, en cuanto es laboriosa, impide la operacion, por retraer de ella la voluntad. Pero el temor acerca de otras cosas ayuda á la operacion, en cuanto inclina la voluntad á obrar aquello, por lo que el hombre huye de lo que teme (3).

y ejercitarse ántes, hasta adquirir la costumbre de trabajar con igual impavidez á cualquier elevacion, como á distancia insignificante del pavimento.

(3) El *temor*, dice un célebre médico, que infundadamente se ha confundido con el miedo, es una sensacion de inquietud, escitada en el alma por la idea de un mal, que se teme, y cuyas consecuencias nos exageramos. El *temor*, continúa, pusilánime, prevée el riesgo, despierta el organismo y le estimula: el *miedo*, soldado inútil, huye á la vista del enemigo, ó bien cae y se deja matar, sin llegar casi á hacer resistencia. — M. C. G.